

La Hermenéutica

Por M.S. Terry

- **Prefacio**
- **Introducción**
- **Primera Parte:**
 - **Capítulo 1: Cualidades del Intérprete**
 - **Capítulo 2: Métodos de Interpretación**
 - **Capítulo 3: La Hermenéutica En General**
 - **Capítulo 4: El Punto De Vista Histórico**
- **Segunda Parte:**
 - **Capítulo 1: Hermenéuticas Especiales**
 - **Capítulo 2: La Poesía Hebrea**
 - **Capítulo 3: Lenguaje Figurado**
 - **Capítulo 4: Símbolos y Metáforas**
 - **Capítulo 5: Interpretación De Parábolas**
 - **Capítulo 6: Interpretación de Alegorías**
 - **Capítulo 7: Los Proverbios y La Poesía Gnómica**
 - **Capítulo 8: Interpretación de tipos**
 - **Capítulo 9: Interpretación de Símbolos**
 - **Capítulo 10: Acciones Simbólico-Típicos**
 - **Capítulo 11: Sueños y Éxtasis Proféticos**
 - **Capítulo 12: La Profecía Y Su Interpretación**
 - **Capítulo 13: Profecías Mesíasicas**

- **Capítulo 14: Apocalípticos Del Antiguo Testamento**
 - **Capítulo 15: El Apocalipsis de Juan**
 - **Capítulo 16: Ningún Doble Sentido En La Profecía**
 - **Capítulo 17: Citas Bíblicas En La Biblia**
 - **Capítulo 18: El Falso Y El Verdadero Acomodamiento**
 - **Capítulo 19: Acerca De Las Discrepancias Bíblicas**
 - **Capítulo 20: Armonía Y Diversidad En Los Evangelios**
 - **Capítulo 21: Progresos En Doctrina Y Analogía De La Fe**
 - **Capítulo 22: Empleo Doctrinal y Práctico de las Escrituras**
-

PREFACIO

Durante más de una generación la *Hermenéutica* del doctor Terry ha sido reconocida como la obra más importante sobre este asunto. Poco antes de fallecer revisó toda la obra y de esa edición revisada hemos seleccionado el material para nuestra versión castellana.

A causa de la índole enciclopédica del libro original y del consiguiente volumen del mismo, nos hemos creído obligados, -a la vez que justificados-, a redactarla en tal forma que nuestra edición sólo contiene la mitad de la obra original. Al hacer esto hemos ejercido el mayor cuidado de no eliminar nada de valor imprescindible ni caer en ninguna injusticia de redacción para con el mensaje original del autor. Todos los principios fundamentales han quedado intactos aunque, buscando la brevedad, ha sido necesario eliminar algunos de los ejemplos empleados por el Doctor Terry por vía de ilustración. El material puramente técnico e histórico ha sido eliminado por completo. Hemos conservado aquello que varios años de experiencia en la enseñanza de este libro nos ha demostrado ser de mayor aprecio para los estudiantes y de mayor valor práctico para su estudio de la Biblia. Al hacer nuestra selección de materiales hemos tenido en cuenta los problemas especiales del Protestantismo en los pueblos Romanistas. Nos asiste la convicción de que el mayor amigo del, doctor Terry convendrá con nosotros en que hemos conservado correctamente su mensaje.

Los principios que él sostiene apelan tan poderosamente a la razón y son tan compatibles con una actitud reverente hacia la Biblia, que el transcurso del tiempo poca o ninguna influencia podrá ejercer sobre ellos. En la mayoría de los casos puede decirse idéntica cosa acerca de sus ilustraciones, por más que sea en este terreno donde entra el elemento personal en la interpretación. Se ha llamado la atención hacia este punto en una nota respecto al empleo que el autor hace de material ilustrativo para su interpretación del difícil asunto de la Segunda Venida de Cristo, pero ni aun esto afecta el principio fundamental de interpretación que con tanta claridad ha presentado en conexión con este mismo asunto.

Se espera que la lectura y estudio de este libro no se limite a los ministros, sino que ellos mismos lo recomienden entusiastamente a los miembros más inteligentes de sus congregaciones a fin de tener una congregación amante de la Biblia y saturada de su conocimiento, "enteramente apta para toda buena obra".

Arturo F. Wesley.

Montevideo, Uruguay.
1924.

INTRODUCCION

La Hermenéutica es la ciencia de la interpretación. Dicho nombre se aplica, generalmente, a la explicación de documentos escritos y, por este motivo, puede definirse más particularmente a la Hermenéutica como la ciencia de interpretación del lenguaje de los autores. Esta ciencia da por sentado el hecho de que existen diversas modalidades de pensamiento, así como ambigüedades de expresión; y tiene por oficio hacer desaparecer las probables diferencias que puedan existir entre un escritor y sus lectores, de modo que éstos puedan comprender con exactitud a aquél.

La Hermenéutica Bíblica, o Sagrada, es la ciencia de interpretación del Antiguo y Nuevo Testamentos. Siendo que estos dos documentos difieren en forma, lenguaje y condiciones históricas, muchos escritores han considerado preferible tratar por separado la Hermenéutica de cada uno de ellos. Y siendo el Nuevo Testamento la revelación más plena, así como la más moderna, su interpretación ha recibido mayor y más frecuente atención. Pero es asunto discutible si ese tratamiento separado de los dos testamentos es lo mejor. Es asunto de la mayor importancia el observar que, desde el punto de vista cristiano, el Antiguo Testamento no puede ser plenamente comprendido sin la ayuda del Nuevo. El misterio del Cristo, cosa que en otras generaciones no se hizo conocer a los hombres, fue revelado a los apóstoles y profetas del N. Testamento (Efes. 3: 5) y esa revelación arroja inmensa claridad sobre muchos pasajes de las Escrituras Hebreas. Por otra parte, es igualmente cierto que sin un conocimiento perfecto de las Antiguas Escrituras es imposible tener una interpretación científica del Nuevo Testamento. El lenguaje mismo del Nuevo Testamento, aunque pertenece a otra familia de lenguas humanas, es notablemente hebreo. El estilo, la dicción y el espíritu de muchas partes del Testamento Griego, no pueden apreciarse debidamente por quienes no estén relacionados con el estilo y espíritu de los profetas hebreos. También tenemos el hecho de que abundan en el A. T. los testimonios a Cristo (Luc 24: 27-44; Juan 5: 39; Actos 10: 43) la ilustración y el cumplimiento de los cuales sólo pueden verse a la luz de la Revelación Cristiana. En fin, la Biblia, en su conjunto, es una unidad de hechura divina y existe el peligro de que al estudiar una parte de ella descuidando, relativamente, otra parte, caigamos en métodos equivocados de exposición. Las Santas Escrituras deben estudiarse como un conjunto, porque sus diversas partes nos fueron dadas de muchas maneras (Heb. 1: 1) y, tomadas en conjunto, constituyen un volumen que, en una forma notable, se interpreta a sí mismo.

La Hermenéutica tiende a establecer los principios, métodos y reglas que son necesarios para revelar el sentido de lo que está escrito. Su objeto es dilucidar todo lo que haya de oscuro o mal definido, de manera que, mediante un proceso inteligente, todo lector pueda darse cuenta de la idea exacta del autor.

La necesidad de una ciencia de interpretación es cosa que se impone en vista de las diversidades mentales y espirituales de los hombres. Aun el trato personal entre individuos de una misma nación e idioma a veces se hace difícil y embarazoso a causa de los diferentes estilos de pensamiento y de expresión. El mismo apóstol Pedro halló en las epístolas de Pablo cosas difíciles de entender (2 Pedro 3: 16) . Pero especialmente grandes y variadas son las dificultades para entender los escritos de los que difieren de nosotros en nacionalidad y en lengua. Aun los eruditos se hallan divididos en sus tentativas por descifrar e interpretar los registros del pasado. Únicamente a medida que los exegetas vayan adoptando principios y métodos comunes de procedimiento, la interpretación de la Biblia alcanzará la dignidad y seguridad de una ciencia establecida; pues si alguna vez el ministerio divinamente asignado de la reconciliación, ha de realzar el perfeccionamiento de los santos y la edificación del cuerpo de Cristo, de manera de traer a todos a la obtención de la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios (Efes. 4: 12-13) ello debe hacerse por medio de una interpretación correcta y un empleo eficaz de la Palabra de Dios. La interpretación y aplicación de esa Palabra debe descansar sobre una ciencia sana y manifiesta de la Hermenéutica.

CAPITULO I

CUALIDADES DEL INTÉRPRETE

En primer lugar, el intérprete de las Escrituras, -y, en realidad, de cualquier libro que sea, *-debe poseer un, a mente sana y bien equilibrada;* ésta es condición indispensable, pues la dificultad de comprensión, el raciocinio defectuoso y la extravagancia de la imaginación, son cosas que pervierten el raciocinio y conducen a ideas vanas y necias. Todos esos defectos, -y aun cualquiera de ellos,- inutiliza al que los sufre para ser intérprete de la Palabra de Dios. Un requisito especial del intérprete es la rapidez de percepción. Debe gozar del poder de asir el pensamiento de su autor y notar, de una mirada, toda su fuerza y significado. A esa rapidez de percepción debe ir unida una amplitud de vistas y claridad de entendimiento prontos a coger no sólo el intento de las palabras y frases sino también el designio del argumento. Por ejemplo: al tratar de explicar la Epístola a los Gálatas, una percepción rápida notara el tono apologético de los dos primeros capítulos, la vehemente audacia de Pablo al afirmar la autoridad divina de su apostolado y las importantes consecuencias de sus pretensiones. Notará, también, con cuánta fuerza los incidentes personales a que se hace referencia en la vida y ministerio de Pablo entran en su argumento. Se apreciará vivamente la apasionada apelación a los "¡gálatas necios!", al principio del capítulo tercero y la transición natural, desde ese punto a la doctrina de la Justificación. La variedad de argumento y de ilustración en los capítulos tercero y cuarto, y la aplicación exhortatoria y los consejos prácticos de los dos últimos capítulos también saltarán a la vista; y entonces, la unidad, el intento, y la derecho de toda la epístola estarán retratados ante el ojo de la mente como un todo perfecto, el que se irá apreciando más y más, a medida que se añada atención y estudio a los detalles y minucias.

El intérprete debe ser capaz de *percibir rápidamente lo que un pasaje no enseña, así como de abarcar su verdadera tendencia.*

Un intelecto vigoroso no estará desprovisto de poder imaginativo. En las descripciones narrativas se deja lugar para mucho que no se dice, y abundan hermosos pasajes en las Escrituras que no pueden ser debidamente apreciados por personas carentes de poder imaginativo. El intérprete fiel frecuentemente debe transportarse al pasado y pintar para su propia alma las escenas de los tiempos antiguos. Debe poseer una intuición de la naturaleza y de la vida humana que le permita clocarse en lugar de los escritores bíblicos y ver y sentir como ellos. Pero, a veces, ha acontecido que los hombres dotados de mucha imaginación han sido expositores poco seguros. Una fantasía exuberante se halla expuesta a errar en el juicio, introduciendo conjeturas y fantasías en lugar de exégesis válida. La imaginación corregida y bien disciplinada se asocia al poder de la concepción y del pensamiento abstracto, hallándose así en aptitud de formar, si se le piden, hipótesis para usarlas en ilustraciones o en argumentos.

Pero, -sobre toda otra cosa, un intérprete de las Escrituras necesita un *criterio sano y sobrio*. Su mente debe tener la competencia necesaria para analizar, examinar y comparar. No debe dejarse influir por significados ocultos, por procesos espiritualizantes ni por plausibles conjeturas. Antes de pronunciarse, debe pesar todos los pro y los contra de alguna posible interpretación; debe considerar si sus principios son sostenibles y consecuentes consigo mismos; debe balancear las probabilidades y llegar a conclusiones con las mayores precauciones posibles. Es dable entrenar y robustecer un criterio semejante, un discernimiento lleno de fina observación, y no debe economizarse trabajo en constituirlo en un hábito de la mente, tan seguro como digno de confianza.

Los frutos de semejante discernimiento serán la corrección y la delicadeza. El intérprete del libro sagrado hallará la necesidad de estas cualidades para descubrir las múltiples bellezas y excelencias esparcidas en rica profusión por sus páginas. Pero tanto su gusto como su criterio deben recibir la instrucción necesaria para discernir entre los ideales verdaderos y los falsos. La honestidad a toda costa, así como la sencillez de la gente del mundo antiguo, hieren muchos tontos refinamientos de la gente moderna. Una sensibilidad exagerada halla, a veces, motivos para ruborizarse por algunas expresiones que en las Escrituras aparecen sin la más mínima idea de impureza. En tales casos, el gusto correcto leerá de acuerdo con el verdadero espíritu del escritor y de su época.

En la interpretación de la Biblia, en todas partes hallamos que se da por sentado que ha de hacerse uso de la razón. La Biblia viene a nosotros en la forma del lenguaje humano, apela a nuestra razón y juicio; invita a la investigación y condena una incredulidad ciega. Debe ser interpretada como cualquier otro volumen, mediante una rígida aplicación de las mismas leyes del lenguaje y el mismo análisis gramatical. Aun en aquellos pasajes de los que puede decirse que se hallan fuera de los límites a que alcanza la razón, en el reino de la revelación sobrenatural, compete al criterio racional el decir si realmente la revelación de que se trata es sobrenatural. En asuntos que están más allá del alcance de su visión, puede la razón, con argumentos válidos, explicar su propia incompetencia y por la analogía y diversas sugerencias demostrar que hay muchas cosas que están fuera de su dominio, las que, a pesar de ello, son verdaderas y enteramente justas, y deben aceptarse sin disputas. De esta manera la razón misma puede ser eficaz para robustecer la fe en lo invisible y eterno.

Pero es conveniente que el expositor de la Palabra de Dios cuide de que todos sus principios y sus procedimientos de raciocinio sean sanos y tengan consistencia propia. No debe colocarse sobre premisas falsas. Debe abstenerse de dilemas que acarrear confusión. Sobre todo, debe evitar el precipitarse a establecer conclusiones faltas del debido apoyo. No debe jamás dar por sentado lo que sea de carácter dudoso o esté en tela de juicio. Todas esas falacias lógicas

deben, necesariamente, viciar sus exposiciones y constituirle en un guía peligroso. El empleo correcto de la razón en la exposición bíblica se hace visible en el proceder cauteloso, en los principios sólidos adoptados, en la argumentación firme y concluyente, en la sobriedad del ingenio desplegado y en la integridad honesta y llena de consistencia propia mantenida en todas partes. Semejante ejercicio de la razón siempre se hará recomendable a la conciencia piadosa y al corazón puro.

En adición a las cualidades que hemos mencionado, el intérprete debiera ser "apto para enseñar" (2 Tim. 2: 24). No sólo debe ser capaz de entender las Escrituras sino también de exponer a otros, en forma vívida y clara, lo que él entiende. Sin esta aptitud, todas sus otras dotes y cualidades de poco o nada le servirán. Por consiguiente, el intérprete debe cultivar un estilo claro y sencillo, esforzándose en el estudio necesario para extraer la verdad y la fuerza de los oráculos inspirados de manera que los demás los entiendan fácilmente.

Cualidades Espirituales

Ante todo, el intérprete necesita una disposición para buscar y conocer la verdad. Nadie puede emprender correctamente el estudio y exposición de lo que pretende ser la revelación de Dios, estando su corazón influido por preocupaciones contra tal revelación o sí, aun por instante, vacila en aceptar lo que su conciencia y su criterio reconocen como bueno. El intérprete debe tener un deseo sincero de alcanzar el conocimiento de la verdad y de aceptarla cordialmente una vez alcanzada. El amor de la verdad debiera ser ferviente y ardiente, de modo que engendre en el alma entusiasmo por la Palabra de Dios. El exegeta hábil y profundo es aquel cuyo espíritu Dios ha tocado y cuya alma está avivada por las revelaciones del cielo. Ese fervor santificado debe ser disciplinado y controlado por una verdadera reverencia. "El temor de Jehová es el principio de la sabiduría". (Proverb. 1: 7). Tiene que existir un estado devoto de la mente al mismo tiempo que el puro deseo de conocer la verdad. Finalmente, el expositor de la Biblia necesita gozar de una comunión viva con el Espíritu Santo. Por medio de una profunda experiencia del alma debe alcanzar el conocimiento salvador que es en Cristo; y en proporción a la profundidad y plenitud de tal experiencia, conocerá la vida y la paz de la "mente del Espíritu" (Rom. 8: 6) . De modo que quien quiera conocer y explicar a otros "los misterios del "Reino de los cielos" (Mat. 13: 11) debe entrar en bendita comunión con el Santo. Nunca debe dejar de orar (Efes. 1: 17-18) "que el Dios del Señor nuestro Jesucristo, el Padre de gloria le dé espíritu de sabiduría y de revelación en el pleno conocimiento de él, alumbrados los ojos de su corazón para que sepa cuál sea la esperanza de su vocación y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál aquella supereminente grandeza de su poder para con nosotros, los que creemos".

CAPÍTULO II

MÉTODOS DE INTERPRETACION

La historia de la exposición bíblica, tal como se la descubre en las obras de los grandes exegetas y críticos, nos muestra los diversos métodos que han prevalecido en varios períodos. Indudablemente, al través de los siglos, el sentido común de los lectores ha aceptado el

significado obvio de las principales partes de la Biblia; pues, como lo hace notar Stuart: "Desde el primer instante en que un ser humano se dirigió a otro, mediante el uso del lenguaje, hasta la hora actual, las leyes esenciales de la interpretación fueron, -y han continuado siéndolo-, un asunto práctico. La persona a quien se hablaba, siempre ha sido un intérprete en cada caso en que ha oído y entendido lo que se le decía. Por consiguiente, toda la raza humana es, y siempre ha sido, intérprete. Esto es una ley de su naturaleza racional, inteligente y comunicativa". La mayor parte de los métodos de explicación erróneos y absurdos tienen su origen en falsas ideas acerca de la Biblia misma. Por una parte hallamos una reverencia supersticiosa por la letra de la Escritura, lo que induce a escudriñar en busca de tesoros de pensamiento escondidos en cada palabra; por otra parte, los prejuicios y suposiciones hostiles a las Escrituras han engendrado métodos de interpretación que pervierten, -y a menudo contradicen-, las declaraciones más claras de las Escrituras. Las antiguas exposiciones judaicas del Antiguo Testamento exhiben numerosos métodos absurdos de interpretación. Por ejemplo, las letras de una palabra eran reducidas a su valor numérico; luego se buscaba alguna otra palabra o declaración que contuviera las mismas letras en otro orden, u -otras letras que sumaran el mismo valor numérico y, halladas, se consideraban las dos palabras como equivalentes en significado. El valor numérico de las letras que, en hebreo, componen el nombre "Eliezer", es trescientos dieciocho, igual al número de los siervos de Abraham (Gén. 14: 14) de lo cual se infería que el mayordomo de Abraham, Eliezer, era tan poderoso solo como los otros trescientos. Y así, por medio de ingeniosas manipulaciones, toda forma gramatical rara, todo caso de pleonismo o de elipsis, o el empleo de cualquier partícula aparentemente superflua, se la hacía contribuir algún significado notable. Es fácil ver que métodos tan caprichosos necesariamente tenían que envolver la exposición de las Escrituras en la mayor confusión.

Y sin embargo, los eruditos rabinos que tales métodos empleaban buscaban por estos medios demostrar las múltiples excelencias y sabiduría de sus libros sagrados. Así que el estudio de las antiguas exégesis judías es de muy poco valor para dar con el verdadero significado de las Escrituras. Los métodos de procedimiento son fantásticos y arbitrarios y alientan el hábito pernicioso de escudriñar los oráculos de Dios con objetos que sólo tiene en vista el satisfacer curiosidades insanas. Pero para ilustrar antiguas opiniones judías, especialmente para la elucidación de ciertas doctrinas y costumbres -y, a veces, para la crítica del texto hebreo- los comentarios de los rabinos pueden ser de mucha utilidad.

El método alegórico de interpretación obtuvo prominencia, desde temprano, entre los judíos de Alejandría.

Generalmente se atribuye su origen a la mezcla de la filosofía griega con las concepciones bíblicas acerca de Dios. Muchas de las teofanías y de los antropomorfismos del Antiguo Testamento repugnaban a las mentes filosóficas; de allí el esfuerzo por descubrir detrás de la forma exterior una sustancia interna de verdad. A menudo se trataron las narraciones bíblicas como los mitos griegos, explicándolas, ora como una incorporación histórica, ora como una incorporación enigmática de las lecciones morales y religiosas. El representante más distinguido de la interpretación alegórica judía, fue Filón, de Alejandría, y un mal ejemplo de sus alegorizaciones se halla en las siguientes observaciones acerca de los ríos del Edén (Gén 2:10-14). Dice Filón:

Con estas palabras Moisés se propone bosquejar las actitudes particulares. Y también ellas son cuatro en número: prudencia, templanza, valor y justicia. Ahora bien, el río mayor, del cual fluyen los cuatro ramales, es la virtud genérica, a la que ya hemos llamado bondad; y los cuatro ramales son el mismo número de virtudes. La virtud genérica, por consiguiente, deriva su

principio del Edén, que es la sabiduría de Dios, la que se regocija y alegra y triunfa, deleitándose y honrándose en una sola cosa, su Padre, Dios. Y las cuatro virtudes particulares son ramas de la virtud genérica, la cual, como un río, baña todas las buenas acciones de cada una, con una abundante corriente de beneficios".

Alegorías análogas abundan en los primitivos padres cristianos. Así vemos que Clemente de Alejandría, comentando sobre la prohibición mosaica de comer el cerdo, el halcón, el águila y el cuervo, hace la siguiente observación: "El cerdo es el emblema de la codicia voluptuosa y sucia, de alimento... El águila indica latrocinio, el halcón injusticia y el cuervo voracidad". Acerca de Éxodo 15: 1, "Jehová se ha magnificado... echando en la mar al caballo y su jinete". Clemente observa: "Al efecto brutal y con muchos miembros, la codicia, con el jinete montado, que da las riendas a los placeres, lo lanza al mar, -arrojándolos a los desórdenes del mundo". Así también Platón, en su libro acerca del alma (Timaeus), dice que "el cochero y el caballo que dispararon- (la parte irracional, que se divide en dos, en cólera y en concupiscencia)- caen; de modo que el mito da a entender que fue por medio de la lascivia de los corceles que Phaethon fue arrojada".-

El método alegórico de interpretación se basa en una profunda reverencia por las Escrituras y un deseo de exhibir sus múltiples profundidades de sabiduría. Pero se notará inmediatamente que su costumbre es desatender el significado común de las palabras y dar alas a toda clase de ideas fantásticas. No extrae el significado legítimo del lenguaje del autor sino que introduce en él todo lo que al capricho o fantasía del intérprete se le ocurre. Como sistema, pues, se coloca fuera de todos los principios y leyes bien definidos.

En bastante estrecha alianza con la Interpretación Alegórica hallamos a la Mística, según la cual deben buscarse múltiples profundidades y matices de significado en cada palabra de la Biblia. Por lo tanto los intérpretes alegóricos, muy naturalmente, caen en muchas cosas que deben clasificarse con las teorías místicas. Clemente de Alejandría sostenía que las leyes de Moisés contienen un cuádruplo significado, el natural, el místico, el moral y el profético. Orígenes sostenía que como la naturaleza humana consiste en cuerpo, alma y espíritu, así también las Escrituras tienen un correspondiente triple sentido: el corporal o literal, el psíquico o moral y el espíritu, al que él, más tarde distingue como alegórico, tropológico y anagógico. En la primera parte del siglo IX, el erudito Rhabanus Maurus recomendaba cuatro métodos de exposición, el histórico, el alegórico, el anagógico y el tropológico. Observa él:

"Por medio de éstos, la madre Sabiduría alimenta los hijos de su adopción. A los jóvenes y los de tierna edad concede bebida, en la leche de la historia; a los que se han aprovechado de la fe, alimento en el pan de la alegoría; a los buenos, a los que luchan esforzándose en buenas obras, les da una porción que satisface en el rico nutrimento de la tropología. A aquellos, en fin, que se han elevado sobre el nivel común de la humanidad, por medio de un menosprecio de las cosas terrenas y han avanzado a lo más elevado por medio de deseos celestiales, les da la sobria embriaguez de la contemplación teórica en el vino de la anagogía... La Historia, que narra ejemplos de hombres perfectos, excita al lector a imitar la santidad de ellos; la alegoría lo excita a conocer la verdad en la revelación de la fe; la tropología lo alienta al amor a la virtud por el mejoramiento de la moral; y la anagogía promueve los deseos de felicidad eterna por la revelación de goces eternos... Puesto que parece- que mediante estos cuatro modos de entendimiento las Escrituras descubren todas las cosas secretas que hay en ellas, debiéramos considerar cuándo deben ser entendidas según uno de esos modos; según los cuatro juntos".

Entre los intérpretes místicos podemos colocar también al famoso Emmanuel Swedenborg, quien sostenía la existencia de un triple sentido de las Escrituras, de acuerdo con lo

que él titulaba "la Ciencia de las Correspondencias". Así como hay tres cielos, el bajo, el medio y el superior, así hay tres sentidos en la Palabra: el natural o literal, el espiritual y el celestial. Dice él:

"La Palabra en su letra, es como una alhajera, donde vemos, en orden, piedras preciosas, perlas y diademas; y cuando un hombre aprecia la Palabra santa y la lee para provecho de su vida, los pensamientos de su mente son, comparativamente, como quien tiene en sus manos semejante mueble y lo envía hacia el cielo; y en su ascensión se abre y las cosas preciosas que en él hay llegan a los ángeles, quienes se deleitan profundamente al verlas y examinarlas. Este deleite de los ángeles se comunica al hombre y forma consorcio y también una comunicación de percepciones".

Explica el mandamiento: "No matarás" (Ex. 20 13), primeramente en su sentido natural, como prohibiendo el asesinato y también el acariciar pensamientos de odio y de venganza; en segundo lugar, en sentido espiritual, como prohibiendo "portarse como diablo y destruir el alma de un hombre"; y, en tercer lugar, en el sentido celestial los ángeles entienden por matar, el aborrecer al Señor y la Palabra.

Algo semejante al místico es el modo de exposición Pietista, según el cual el intérprete pretende ser guiado por "una luz interna", recibida como "una unción del Santo" (1 Juan 2: 20) . Las reglas de la gramática y el significado y el uso común se abandonan, sosteniéndose que la Luz interna del Espíritu es el Revelador permanente e infalible. Algunos de los últimos pietistas de Alemania, así como los cuáqueros de Inglaterra y de Norte América, se han dado, especialmente, a esta manera de manejar las Escrituras. Naturalmente, debiera suponerse que esta santa luz interna nunca se contradiría ni guiaría a sus seguidores a diversas exposiciones de un mismo texto, pero las interpretaciones divergentes e irreconciliables prevalecientes entre los adherentes de este sistema demuestran que la tal "luz interna" no merece confianza: Como los sistemas alegórico y místico, de interpretación, el Pietismo admite la santidad de las Escrituras y busca en ellas lecciones de vida eterna, pero en cuanto a principios y reglas de exégesis es más ilegal e irracional. El alegorista profesa seguir ciertas analogías y correspondencias pero el cuáquero pietista es ley para sí mismo, de modo que su propio sentimiento o fantasía subjetivos es lo que pone fin a toda controversia. El se establece como un nuevo oráculo, y en tanto que profesa seguir la palabra escrita de Dios, establece su propio *dicho* como otra revelación. Es muy natural que semejante proceder nunca se podrá recomendar al sentido común ni al juicio racional.

Un método de exposición que debe su origen al famoso J. S. Semler, padre de la escuela destructiva del Racionalismo Alemán, es conocido con el nombre de Teoría del Acomodamiento. Según ella, las enseñanzas bíblicas acerca de los milagros, el sacrificio vicario y expiatorio, la resurrección, el juicio eterno y la existencia de ángeles y demonios, deben considerarse como acomodamientos a las ideas supersticiosas, las preocupaciones y la ignorancia de la época. De esta manera se hacía a un lado todo lo sobrenatural. Semler se obstinó en la idea de que debemos distinguir entre religión y teología y entre la piedad personal y la enseñanza pública de la Iglesia.

Rechazó la doctrina de la inspiración divina de las Escrituras y sostuvo que como el Antiguo Testamento fue escrito para los judíos, cuyas ideas religiosas eran estrechas y erradas, no podemos aceptar sus enseñanzas como una regla general de fe. Sostenía él que el Evangelio según Mateo fue preparado para judíos que estaban fuera de Palestina, así como el de Juan fué escrito para cristianos saturados, en mayor o menor grado, de cultura griega. Pablo, al principio, se adaptó a las modalidades judías de pensamiento con la esperanza de atraer al Cristianismo a muchos de sus compatriotas; pero, fracasando en su propósito, se volvió a los gentiles y alcanzó

gran distinción al presentar el Cristianismo como una religión para todos los hombres. Por consiguiente, los diferentes libros que componen las Escrituras habían tenido por objeto, únicamente, servir a una necesidad del momento y muchas de sus declaraciones pueden, sin mayores trámites, hacerse a un lado como falsas.

La objeción fatal para este método de interpretación es que, necesariamente, impugnan la veracidad y el honor de los escritores sagrados y aun el del mismo Hijo de Dios, pues los representa a todos en connivencia para disimular los errores y la ignorancia del pueblo y para confirmarles a ellos y a todos los lectores de la Biblia en tales ignorancias y error. Admitir semejante principio en nuestras exposiciones de la Biblia significaría desprendernos de nuestras anclas y dejarnos llevar, mar afuera, por sobre las revueltas aguas de la conjetura y la incertidumbre.

Aunque sea de paso, debemos mencionar lo que generalmente se llama la Interpretación Moral, y que debe su origen al célebre filósofo Kant. La prominencia que da a la razón pura y al idealismo mantenido en su sistema metafísico, conducen, naturalmente, a la práctica de hacer inclinar las Escrituras a las exigencias preconcebidas de la razón porque aunque toda la Escritura sea dada por inspiración de Dios, tiene por su valor y propósito prácticos la mejora moral del hombre. De aquí que cuando del sentido literal e histórico de un pasaje no pueda extraerse ninguna lección moral provechosa que se recomiende a la razón práctica, estamos en libertad de hacerla a un lado y de dar a las palabras un significado compatible con la religión de la razón. Se sostiene que tales exposiciones no deben ser acusadas de faltas de sinceridad, por cuanto no debe presentárselas como el significado estricto de los sagrados escritores sino, únicamente, como un significado que ellos, probablemente, pudieron haber intentado dar. El único valor real de las Escrituras es ilustrar y confirmar la religión de la razón.

Fácil es ver que semejante sistema de interpretación, que públicamente desconoce el sentido gramatical e histórico de la Biblia, no puede tener reglas dignas de confianza o consistentes. Al igual que los métodos místico y alegórico, deja todo librado a la fe o a la fantasía del intérprete.

Tan expuestos a la objeción y a la crítica son todos esos métodos de interpretación que no hay por qué sorprenderse si los vemos reemplazados por otros extremos. De todas las teorías racionalistas, la Naturalista es la más violenta y radical. Una aplicación rígida de esta teoría la hallamos en el Comentario del Nuevo Testamento, por Paulus, en el que se sostiene que el crítico bíblico debiera siempre hacer distinción entre lo que son hechos y lo que son meras opiniones. Acepta la verdad histórica de las narraciones de los evangelios pero sostiene que la manera de explicarlas es asunto de opinión. Rechaza toda agencia sobrenatural en los asuntos humanos y explica los milagros de Jesús ora como actos de bondad, ora como demostraciones de pericia médica, o como ilustraciones de sagacidad y tacto personales, registrados en la narración de una manera característica de la época y de las opiniones de los diversos escritores. El caminar de Jesús sobre las aguas, era, simplemente, una caminata por la playa; el bote estuvo todo el tiempo tan cerca de la orilla, que cuando Pedro saltó al agua, Jesús pudo alcanzarle y salvarle desde la playa. La excitación fue tan grande y tan profunda la impresión sobre los discípulos, que les pareció que Jesús, milagrosamente, había caminado sobre las aguas e ido en su auxilio.

El milagro aparente de alimentar a cinco mil personas con cinco panes, se realizó, sencillamente, por el ejemplo que Jesús ordenó a sus discípulos que dieran, de distribuir a los que les rodeaban de las pocas provisiones que tenían. Este ejemplo fue pronto seguido por otras grupos y se halló que había comida más que suficiente para todos. Lázaro no murió realmente; sufrió un desmayo y se le creyó muerto. Jesús sospechó estas cosas y, llegando a la tumba en el

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

